

EDUARDO CAVIERES F. *et. al.*

LA HISTORIA EN CONTROVERSA.

REFLEXIONES, ANÁLISIS, PROPUESTAS

GIOVANNI LEVI
HOWARD RICHARDS
JONATHAN PITCHER

BENNINGTON COLLEGE



PONTIFICIA UNIVERSIDAD
CATOLICA
DE VALPARAISO
VICE-RECTORÍA DE
INVESTIGACIÓN
Y ESTUDIOS AVANZADOS

© Eduardo Cavieres Figueroa *et. al*, 2009
N° Inscripción 182.359
ISBN 978-956-17-0447-3

Derechos Reservados
Tirada: 300 ejemplares

Ediciones Universitarias de Valparaíso
Pontificia Universidad Católica de Valparaíso
Calle 12 de Febrero 187, Valparaíso
E-mail: euvsa@ucv.cl
www.euv.cl

Impresión
Imprenta Libra, Valparaíso

HECHO EN CHILE

PRESENTACIÓN

Desde hace una década, la Vice-Rectoría de Investigación y Estudios Avanzados de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, a través de su Dirección de Investigación, ha venido apoyando académica y financieramente un Seminario grupal e interdisciplinario que se focaliza en estudios sobre América Latina y el Cono Sur. El Seminario, bajo la dirección de Eduardo Cavieres F., del Instituto de Historia de la misma Universidad, ha congregado permanentemente a especialistas de los Institutos de Historia, Lengua y Literatura, Ciencias Religiosas y Escuela de Periodismo. En el mismo, han intervenido un gran número de prestigiosos académicos de universidades chilenas y extranjeras cuyos trabajos han quedado incorporados en tres volúmenes editados con anterioridad: *Entre discursos y prácticas. América Latina en el s. XIX* (2003), *Los proyectos y las realidades. América Latina en el s. XX* (2004) y *Entre continuidades y cambios. Las Américas en la transición: s. XVIII al XIX* (2006).

Muchos de los profesores visitantes del Seminario han participado, además, del Programa de Post-grado, del Instituto de Historia de la Universidad, tanto en sus versiones de Magíster como Doctorado y, por ello, en algunos casos, se han superado los términos y temáticas de América Latina y se han abordado problemáticas historiográficas más amplias. De esos académicos, en este volumen hemos considerado las participaciones de Giovanni Levi, Howard Richards y Jonathan Pitcher. Los textos corresponden a exposiciones desarrolladas en estos encuentros y por ello tienen el valor agregado de la reflexión y

el pensamiento que brotan instantáneamente desde sus acervos intelectuales que le han valido el meritorio reconocimiento internacional.

Giovanni Levi es un muy destacado historiador italiano, considerado como el padre de la microhistoria. Profesor de la Universidad de Venecia y autor de numerosos libros entre los que se indican *Centro e Periferia Di uno Stato Assoluto: Tre Saggi su Piamonte e Liguria in Eta Moderna*; con Jean-Claude Schmitt, *Historia de los jóvenes*; con Jacques Revel, *Political Uses of the Past: The Recent Mediterranean Experience*. También su muy conocido *La Herencia Inmaterial. La historia de un exorcista piamontés del s. XVII*.

Howard Richards, norteamericano residente en Chile. Doctor en Filosofía y Economía. Profesor Emérito Universidad de Earlham, Illinois, USA, experto en semántica, economía y otras ciencias sociales. Sólo en los últimos años ha escrito *Understanding the Global Economy* (a la fecha con dos ediciones); con Joanna Swanger, *The dilemmas of social democracies; Solidaridad, Participación, Transparencia*.

Jonathan Pitcher, doctor en estudios latinoamericanos por el University College, Londres. Presentó su Tesis *Bagage Excess: A Modern Theory and the Conscious Amnesia of Latin Americanist thought*. Ha trabajado en Madrid, Barcelona, Buenos Aires, Sao Paulo y en la University of Southern California, en la Universidad de Miami y en el University College de Londres. Actualmente es profesor de Estudios Latinoamericanos en el Bennington College, Belmont, USA.

Eduardo Cavieres es Ph.D. en Historia por la Universidad de Essex, Inglaterra, profesor de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, académico de la Universidad de Chile y Premio Nacional de Historia 2008.

ÍNDICE

PRÓLOGO

LOS TIEMPOS Y EL CONOCIMIENTO: LA HISTORIA COMO CONTROVERSI

EDUARDO CAVIERES F.

PÁGINA 9

DIÁLOGO EN TORNO A LA HISTORIA Y A LOS HISTORIADORES

EDUARDO CAVIERES - GIOVANNI LEVI

PÁGINA 23

DE LA MICROHISTORIA A LAS CONSTRUCCIONES SOCIALES DE LA HISTORIA

GIOVANNI LEVI

PÁGINA 55

PSICO-HISTORIA INDIVIDUAL, MENTALIDADES COLECTIVAS

REPRESENTACIONES E IDEOLOGÍA

EDUARDO CAVIERES F.

PÁGINA 85

EL PRIMER FOUCAULT

HOWARD RICHARDS 121

CANUDOS: UN CONTEXTO HISTÓRICO Y LA MEMORIA FICTICIA

JONATHAN PITCHER

PÁGINA 151

PRÓLOGO

LOS TIEMPOS Y EL CONOCIMIENTO:
LA HISTORIA COMO CONTROVERSIAS

EDUARDO CAVIERES F.

Todo conocimiento implica algo más que la aprehensión de unos datos o la observación de lo que sucede. Más aún, así como efectivamente la operación de conocer necesita situarse en lo que llamamos realidad, del mismo modo ella también está construyendo realidad. La síntesis de estas situaciones no corresponde, por tanto, a la objetivación de lo que sucede o ha sucedido, sino más bien a una especie de simple intento de comprensión de nuestro mundo circundante, no sólo en términos del instante, sino también en todo lo que compromete el tiempo, o mejor dicho, al entrecruzamiento de todos los tiempos, desde los más lejanos a los más cercanos; desde los más naturales hasta los más recientemente inventados; desde los tiempos divinos inmensurables hasta el tiempo de la propia vida, limitado y concreto en sí mismo. Así entonces, en todo orden de cosas, incluso en las que corresponden a lo que llamamos ciencia, el conocimiento opera tanto como búsqueda objetiva de algunas verdades como simplemente al nivel de las construcciones mentales de esas verdades. A menudo olvidamos que primero imaginamos las cosas, después intentamos conocerlas (incluso lo ya imaginado) y finalmente las incorporamos a los datos conocidos, incorporación que lógicamente se mantiene en el tiempo hasta encajar con lo que está sucediendo o con lo que se está pensando.

El problema de la relación tiempo-historia no está exclusivamente dentro de la historia. No es sólo una relación historiográfica del tiempo ni tampoco se puede comprender exclusivamente a partir de la definición usual de la histo-

ria en el sentido de que ésta es la acción del hombre, o de los hombres, en el tiempo y en el espacio. Ni siquiera en términos de un tipo de pensamiento a-religioso se puede pretender que la construcción de acciones humanas en el tiempo dependa exclusivamente de la voluntad o capacidades de cada individuo o sociedad. Ello, básicamente porque el problema del tiempo, así como se transforma en una dimensión humana, por naturaleza, al mismo tiempo, está siempre, intrínsecamente, fuera de toda voluntad y capacidad humana. En el mejor de los casos, como veremos posteriormente, se trata de un objeto de la naturaleza manipulable desde la ciencia con resultados que cambian el carácter de lo que usualmente llamamos histórico cambiando el curso, la intensidad y los ritmos de los procesos.

En uno de los más interesantes libros sobre la relación del hombre con el tiempo, su autor enseñaba una carta de un amigo recibida en aquellos días en que trabajaba en dicho texto. Entre otros pasajes, la carta señalaba que: “Lo que importa recordar es que la ciencia –pese a sus fantásticas teorías y cálculos intrincados– está firmemente enraizada en nuestra cotidiana experiencia del mundo. Una cuestión científica es, básicamente, aquella a la cual cabe dar una respuesta apelando directamente a la observación del mundo. De manera que el viejo problema de la Edad Media: ¿cuántos ángeles pueden danzar en la punta de una aguja?, no es científico”. Exacto, dice el autor, pero agrega que hay que recordar que existe una peligrosa tendencia a considerar que aquellas cuestiones que la ciencia es incapaz de responder, no deben ser planteadas en absoluto sugiriéndose que, si la ciencia no tiene una respuesta, entonces la cuestión es insignificante y pertenece a la categoría de los ángeles en la punta de una aguja¹. En la actualidad, las viejas pretensiones de impedir a la historia conocimientos que no podía probar están ellas mismas en duda y por ello, algunas corrientes historiográficas –tratando de mantener sus rigurosidades– cambian el dato por el problema y la pura descripción por la reflexión. No se trata de probar el ejercicio de los ángeles, pero sí de observar qué habría en ese viejo problema. Los trabajos reunidos en este pequeño volumen, buscan pen-

¹ J.B.Priestley, *El hombre y el tiempo* [1966], Aguilar, Madrid 1969, pp. 84-85.

sar en la historia, en los tiempos de la historia y en las formas de conocimientos que ella puede entregar para aproximarse a problemas que, con distinta formas, siguen siendo problemas esenciales.

Uno de esos problemas tiene que ver con la des-sacralización del tiempo y del espacio y con los cambios que se han venido produciendo en lo fundamental de las explicaciones históricas, el nivel de la cultura.

Si hubiese que preguntarse cómo se resume la historia de la humanidad, de qué manera se condensan las preocupaciones y la acción del hombre en términos de su natural inclinación a transformar lo que le rodea, tanto en términos de lo natural como de los propios entornos sociales e institucionales que otros han creado, quizás podríamos pensar que el principal elemento de esa historia ha sido el permanente proceso de desacralización. Michel Vovelle, en lo que podríamos llamar un proceso de corto tiempo, ha escrito sobre la desacralización de la historia moderna, vista fundamentalmente como la situación de conflicto, en diversos niveles y profundidades, entre un pensamiento secular y el peso histórico de la Iglesia en las relaciones sociales e ideológicas del mundo occidental. Nos referimos acá a un proceso mucho más largo, más amplio y más profundo, proceso que desde otro punto de vista fue planteado por Mircea Eliade al preguntarse si los pueblos sin historia son en definitiva más felices que aquellos otros que descubren su historia. El mundo original, mágico, incomprensible, visto como una totalidad se ha venido materializando y des-estructurando. Obviamente, la historia significaría, desde ese punto de vista, la destrucción de ese mundo original, pero es también indudable que a esa misma historia la entendemos como la construcción permanente de su mundo por parte de la humanidad. ¿Qué puede decir la historia –como conocimiento– sobre ello? Mucho, si además considera los efectos de los procesos históricos no solamente sobre las instituciones sociales, sino también sobre los propios individuos.

Generalmente, probablemente para evitar mayores angustias, observamos estos procesos desde el punto de vista del espacio y si miramos particularmente hacia atrás, para el mundo antiguo o para las sociedades más tradicionales, se insiste fundamentalmente en cómo la relación espacio-sociedad se va dete-

riorando progresivamente por la destrucción de la naturaleza. Todavía en la actualidad, las imágenes de la Amazonia o del centro del Africa nos aparecen como románticas evocaciones de un mundo que pudiese ser mejor, pero que enfrentado al desarrollo de la tecnología y del progreso material queda definitivamente postergado ante el peso de las evidencias positivas del desarrollo de la civilización. Con todo, no deja de ser atrayente, e incluso emotivo, el hecho que aún esté presente en nuestras visiones culturales una carga de apego atávico hacia el pasado en que el encuentro con el paisaje natural y humano de tiempos remotos nos produce sensaciones psicológicas de algo que hemos perdido sin tenerlo, y sin conocerlo, pero que pensamos lo hubiésemos efectivamente disfrutado. Es la vuelta a lo misterioso y a lo que ha quedado superado. Más allá de cómo enfrentarnos historiográficamente a esas realidades, no cabe duda que la literatura, la novela más específicamente, nos da respuestas e imágenes mucho más fuertes y sentidas que las que tratamos de lograr a partir de las solas descripciones o intentos de recrear esos paisajes y esas sociedades desde el punto de vista de la propia historia. Si recordamos la trama y los relatos de lo que pensaban y de lo que observaban los personajes de *Los pasos perdidos* de Alejo Carpentier, o si pensamos en las magníficas y sentidas descripciones logradas por Mario Vargas Llosa en ese pequeño libro, pero magnífica obra de *El Hablador*, referido a una sociedad de la Amazonia peruana actual, podríamos detenernos aquí y hacer un largo análisis de lo que significa la relación espacio-historia, en el pasado y en el presente, pero también enfrentarnos a este largo proceso, ya anunciado, de la historia como desacralización de los espacios originales. No hay que olvidar, por lo demás, que la separación observada en las últimas décadas entre geografía e historia ha llevado a que en nuestras obras historiográficas, después de unas localizaciones geográficas, las más de las veces independientes de los aconteceres que se relataban, se ha pasado a libros de historia sin localizaciones, sin ubicaciones del paisaje, sin mapas, sin rutas.

Por sobre lo anterior, y sin restarle interés, interesa expresar igualmente algunas reflexiones acerca de la desacralización del tiempo. Se necesita hacer largos recorridos: desde las antiguas construcciones míticas y culturales en que el tiempo era ajeno al hombre, hasta la transformación cristiana del carácter temporal

del tiempo humano a una dimensión trascendental del mismo. Entre medio, pasar por las domesticaciones del tiempo a partir de sus mediciones en formas de calendarios generales hasta técnicas que se van tornando cada vez más precisas hasta intentar controlar el mismo instante; venir desde las mediciones y divisiones del tiempo medieval hasta llegar al llamado redescubrimiento del tiempo a partir de la invención del reloj mecánico, que no sólo llevó a cambiar lenta pero profundamente, las relaciones de los ritmos de la vida, sino que igualmente provocó verdaderas disputas y conflictos entre ciudades del siglo XVI que veían en el reloj de la guilda, de la plaza pública, del mercado y no en las campanas de la Catedral, el verdadero dominio de las actividades públicas, de las actividades mercantiles, de la vida que comenzaba a anunciarse como la vida moderna, secular, de los hombres y de la historia propiamente tal. Y podemos seguir: detrás de la tecnología moderna, de la revolución industrial, del urbanismo, de los ferrocarriles, de la aviación actual, fundamentalmente podemos encontrar las transformaciones de las percepciones del tiempo y de los ritmos de la vida humana. Esencialmente, eso podría ser, visto desde esta perspectiva, la síntesis de la historia de la humanidad: la desacralización del tiempo, la des-estructuración del tiempo natural y la construcción de un nuevo tiempo, o de secciones del tiempo, que puedan ser efectivamente controlados desde lo humano. Me parece que fue Georges Duby, quien, hace ya unas tres décadas, fue interrogado acerca de cuál era a su parecer lo que pasaría a ser lo más definitivamente importante de lo que ya iba corrido del siglo XX. Estaban los grandes e indiscutibles hechos: la Primera y la Segunda Guerra Mundial, la revolución rusa, la revolución mexicana, la china, la cubana. Estaba la Gran depresión de los años 1930, estaba la Guerra Fría. Estaba la teoría de la relatividad y estaba Hiroshima y Nagasaki y cuántos y cuántos otros hechos, políticos, culturales, militares, todos ellos importantes, e incluso dramáticamente recordados. El historiador señaló que el gran cambio del siglo XX ya era realidad: la duplicación en promedio de las expectativas de vida humana. Ni más, ni menos, hecho fundamental, esencial. La posibilidad, por primera vez en la historia de la humanidad, que cada vez más seres pudiesen vivir dos veces lo que habían vivido sus antepasados, extender al doble la vida histórica individual. Esto es, en definitiva, un problema del tiempo histórico:

el análisis del desarrollo tecnológico, del conocimiento de la medicina, de los avances económicos que posibilitan todo ello un entrecruzamiento de muchas causales, pero en definitiva una síntesis concreta. No se puede dejar de pensar en que hasta ahora ese sea el gran triunfo de la humanidad, probablemente el más fundamental y el que explicaría gran parte de los problemas que se debaten actualmente en las áreas políticas, técnicas y científicas. Enfrentarse al tiempo, y a la dimensión humana de éste, socialmente ha sido un triunfo apasionante y prometedor, pero también tiene sus costos y la historia también puede y debe pensar en ello.

Efectivamente, sobre estos despliegues de la historia de la humanidad, están todavía contenidos, como en un dique mental, los profundos y permanentes problemas de la vida individual y social. Permítanme acudir a Isaías Berlin. Nos dice que, a veces, los hombres desarrollan ciertos disgustos hacia la época en que viven y miran hacia el pasado con devociones incondicionales que incluso les llevan a desear estar viviendo entonces y no ahora y cuando logran introducir en el presente ciertos hábitos y prácticas de ese pasado idealizado, se les acusa de escapismo nostálgico, de anticuarios románticos, de inversión del reloj, de ignorar las fuerzas de la historia o en casos peores de retrógrados, de obstruccionistas, de fanáticos y de crear obstáculos gratuitos al progreso. Por cierto, estos disgustos provienen del balance que se realiza entre los aportes del pasado y lo que se promete como futuro. Allí la historia puede aparecer como refugio o como carga y, entonces, en cualquiera de ambos casos, es más un problema que un camino a seguir. En un texto de Berlin, se expresa que:

“Sin duda, todo el mundo cree que existen factores que están, en buena parte o por completo, más allá del control humano consciente. Y cuando describimos tal o cual modelo como impracticable o utópico lo que queremos decir, con frecuencia, es que resulta irrealizable frente a tales hechos o procesos incontrolables. Estos son de varias clases: ámbitos de la naturaleza con los que no podemos interferir, como, por ejemplo, el sistema solar o el reino general del que se ocupa la astronomía; ahí no podemos alterar ni el estado de los entes en cuestión, ni tampoco las leyes que obedecen. En cuanto al resto del mundo físico

del que se ocupan las diversas ciencias naturales, concebimos a las leyes que lo rigen como algo que nosotros mismos no podemos alterar, pero proclamamos que somos capaces de intervenir, hasta cierto punto, para cambiar el estado de las cosas y las personas que obedecen a tales leyes. Algunos creen que esas mismas intervenciones están en sí mismas sujetas a leyes: que nosotros mismos estamos determinados totalmente por nuestro pasado; que nuestra conducta es, en principio, enteramente calculable; y que nuestra libertad de interferir en los procesos naturales es, por tanto, ilusoria. Otros niegan esto total o parcialmente, pero eso no nos concierne aquí, desde el momento en que ambos bandos quieren asegurar que extensos ámbitos de nuestro universo, en particular, su sector inanimado, es como es y experimenta lo que experimenta, queramos o no”².

No pretendo dar juicios definitivos sobre estas u otras consideraciones. Me interesa solamente plantearme frente a los problemas. Lo que nos señala Isaiah Berlin es una buena síntesis de lo que ha venido siendo nuestra relación con la vida y con la historia. Las diferencias que podemos notar están fundamentalmente en relación con los tiempos y las maneras de superposición de los diferentes niveles de nuestra existencia individual y colectiva. En todo caso, el problema básico, esencial, es el de siempre: nuestras inseguridades respecto a aquello que aún no logramos descubrir. Puedo introducirme en esta temática a través de un breve recorrido entre lo que consideramos como historiografía, es decir, el estudio y la descripción de lo que ha ocurrido y lo que consideramos como historiología, es decir, la búsqueda de las lógicas, del porqué las cosas no sólo han ocurrido sino además de qué manera. Por cierto, todo conocimiento no sólo es conocimiento puro, sino también reviste otras significaciones que inciden en sus contenidos.

En todos los tiempos, las explicaciones de las lógicas de la historia están fuera de lo que actualmente consideramos como lo histórico propiamente tal,

² Isaías Berlin, *El sentido de la realidad. Sobre las ideas y su historia*, Taurus, Madrid 1998, pp. 28-29.

de aquello que es producto del hombre y de aquello que se puede advertir por su connotación pública, que tiene tiempos más o menos definidos, que generalmente está manifestado, materializado en lo que pensamos como hechos y de aquello que prácticamente lo podemos visualizar, objetivar, aislar de todo aquello que le rodea. Especialmente, desde el siglo XVIII en adelante, la historia, como disciplina, pudo zafarse de las ataduras que le ligaban a otras disciplinas, pero al mismo tiempo, arrastró, con ello, a la historia propiamente tal que finalmente pudo visualizarse con una dinámica propia, con agentes propios y con un tiempo propio. Desde unas propias construcciones, que no discuto, se habría terminado por descubrir la naturaleza de la historia. El resultado de todo ello, poco más discutible, es que la historia, siendo efectivamente síntesis de todo lo humano, comenzó a recorrer caminos independientes no sólo desde el punto de vista de la comprensión de su naturaleza, es decir, desde el punto de vista de su acaecer, la historia como hazaña de la libertad, sino que además su estudio, como disciplina, se separó absolutamente de otras disciplinas que en la actualidad, con sus logros, y como veremos más adelante, están transformando profundamente la historia. Para llegar a ello, recuperemos este breve recorrido antes anunciado que nos lleva a explicar estas relaciones entre la historia y las explicaciones de sus lógicas, a través de grandes construcciones histórico-culturales, de construcciones del pensamiento, que parten por cierto de la reflexión profunda acerca del ser y la existencia, pero que se colectivizan alivianando sus conceptos y sus significados para hacerles socialmente comprensibles.

En el mundo antiguo fue la filosofía. La búsqueda de las esencias, de las grandes permanencias, de lo inmutable por sobre el simple cambio. Los residuos de la visión cíclica del tiempo, la persistencia del destino, las dudas sobre lo inevitable de la historia, las consideraciones sobre leyes de la naturaleza, de la física y la humana, que impiden, en última instancia que la simple voluntad se imponga sobre lo ya previsto. Colectivamente, en términos de una época y de un conjunto de sociedades, no se pueden entender estos presupuestos sin considerar los contextos de la vida material, de las instituciones, de lo que Braudel llamó en su oportunidad el límite de lo posible y lo imposible. Si esta idea la llevamos a ese mundo antiguo, a pesar de la polis griega, a pesar de los

sectores de magnificencia romana, ese límite estaba muy alto como para traspasarlo. Se trata más bien de un espíritu pesimista, abrumado por el peso de las dependencias. En esto, nuevamente acudo a la literatura y a sus magníficas posibilidades de ilustrarnos el pasado y puedo ejemplificar con Margueritte Youcenar y sus Memorias de Adriano. ¿Por qué no ejemplificar con historiadores? Es porque lo que quiero llegar a considerar es que ahora, como antes, la historia y los historiadores no están lo suficientemente insertos en las mentes de las personas para explicarles o para construirles las imágenes que les permiten otorgar sentido a sus vidas cotidianas.

En el mundo medieval fue la teología. Igualmente búsqueda de esencias y de permanencias, pero de trascendencias en otros sentidos. La visión lineal del tiempo, la búsqueda de explicaciones sobre la providencia, la aceptación del sentido de la historia, las consideraciones sobre la voluntad divina y las debilidades humanas. Nuevamente, el problema de las limitaciones humanas. El límite de lo posible y lo imposible seguía alto, en algunos momentos en forma dramática; sin embargo, espíritu optimista. Sobre el destino, se impone la esperanza. Lo central corresponde al tiempo: al tiempo de la historia y al tiempo de Dios. El orden del universo es también tiempo y cuando comienzan los primeros quiebres es igualmente el tiempo el nudo central de esos problemas. En los milenaristas o en las herejías medievales se observa el deseo de volver hacia atrás, a los tiempos del cristianismo primitivo o, en el otro extremo, por avanzar de una vez hacia el tiempo futuro: el paraíso celestial en la propia tierra.

Y vienen los tiempos modernos. Y ahora es la ciencia. El problema del hombre no desaparece, se amplía. No es necesario hacer un recorrido por lo que ello significa. Vayamos al siglo XIX y acudamos a Victor Hugo. Nos dice: La enormidad de la naturaleza es abrumadora. Mirad la tierra: el hombre está sobre ella, el misterio está dentro. La ciencia y la tecnología avanzan, pero los problemas esenciales siguen presentes. La diferencia es que ahora los límites entre lo posible y lo imposible comienzan a moverse. La historia se desplaza entre las conductas cotidianas del hombre y el desarrollo de la tecnología y el conocimiento. Vuelvo a Victor Hugo:

La materia llega a la molécula como la idea llega al punto; y el pun-

to abstracto y la molécula material, por ser uno y otra invisibles, son necesariamente idénticos en el fondo del infinito; es decir, abstractos ambos, irreales ambos. El abismo material llega a confundirse con el abismo espiritual; y allí donde la dualidad parecía evidente, surge la unidad, tanto más soberana cuanto más inesperada. Este encuentro absoluto, necesario, indiscutible, de la idea y de la materia en el extremo de la realidad es quizás la profundidad mayor que el espíritu puede contemplar. Por esta abertura se ve distintamente a Dios³.

Si hay una situación que nos permite acercarnos a nuestras preocupaciones actuales ella es el hecho de que la historia, en tanto a su desenvolvimiento como tal, y en tanto como disciplina del conocimiento de ese desenvolvimiento, no sólo logran autonomía, sino alcanzan plena vigencia en los siglos XIX y parte del XX. Es como la época en que acción histórica y tiempo histórico se ajustan en ciertos acomodos que les permiten explicarse mutuamente porque el tiempo transcurre en una dinámica que es posible comprender e incluso, en muchos sentidos controlar. No sólo se trata del despliegue de la ciencia histórica, sino además, independientemente de sus resultados, de la conciencia histórica puesto que los historiadores pueden describir y también comprender la historia. Al menos hipotéticamente. En todo caso, para sectores cada vez más importantes de la humanidad, en muchos sentidos la historia se les hace más cercana, aunque no necesariamente comprensible, y se les convierte en proyectos concretos tanto de carácter individual como colectivo. Se convierte en la vida cotidiana. En gran parte ello es posible porque se alcanza una clara distinción de los tiempos históricos entre el pasado, el presente y el futuro. Visto en términos retrospectivos, incluso aquellos aspectos negativos que pueden caracterizar la llamada miseria del historicismo, podrían ser interesantes aportes a la hora de observar la situación de la historia y de la historiografía en lo que son los tiempos inmediatos.

Creo importante situar la nueva época. No es la de la filosofía, ni de la teolo-

³ Victor Hugo, Prefacio Filosófico; en *Los Miserables*, edición Compañía General de Ediciones, México DF 1960, pp. 41-42.

gía, ni de la ciencia moderna. Definitivamente tampoco es la del mercado, ni de la globalización como una forma de expresión histórica. Quizás podría ser la de una vuelta hacia el conocimiento restringido a un grupo muy selecto de iniciados. Con la diferencia que el volumen y los contenidos de este conocimiento no tiene parangón con el desarrollo del mismo a través de la historia de la humanidad. Quizás esta nueva época, para algunos la de la post-modernidad, pueda definirse como la de una especie de meta-ciencia, especialmente en sus expresiones referidas a la física y a la biología. Quizás, allí se estén dando las fuerzas actuales de la historia. Ello ha llevado, nuevamente, a que la historia se restrinja a las descripciones del pasado y olvide el papel de auto-revelación asignado por el propio Heródoto. Me parece que con respecto a la historia y a la historiografía, se han venido produciendo algunos fenómenos de mucha importancia en lo que viene siendo una especie de des-conciencia o de alienación generalizada que impide el poder distinguir efectivamente lo verdaderamente trascendente que está sucediendo.

En primer lugar, siendo la historia como tal, síntesis de todo, la disciplina histórica se ha recogido, se ha replegado, se ha envuelto en sí misma, y se ha quedado en el estudio y en el interés de aquello que se exterioriza en los hechos del hombre expresados fundamentalmente a partir de sus acciones concretas. Se ha olvidado del significado histórico concreto del quehacer científico, visualizándolo como simple actividad tecnológica. Se ha olvidado igualmente de la construcción del mundo de las ideas respecto al tiempo, a la existencia y al universo. La historia, como quehacer, vuelve a ser fundamentalmente disciplina de lo concreto, de lo aventuradamente llamado como lo real. ¿Pero qué es la ciencia actual sino una representación de la vida y del universo? Representación que construye realidades. Podemos discutir por qué, hace dos años, el hecho que en una importante exposición, Hawkins reconociera un error científico en la formulación de la teoría sobre la transformación de la materia en torno a los agujeros negros y, por tanto, la inexistencia de otro universo, fuese sólo un titular menor y materia de apartados culturales de la prensa, casi en una especie de anecdotario cultural y no una noticia relevante para la historia. ¿Y qué decir, en otro de los extremos, con la biología de la reproducción? No parece relevante ni incorporado a los debates históricos el

que los científicos del área discutan en términos de los conceptos aristotélicos de la potencia o de los conceptos cristianos sobre el acto en sí mismo que dan origen a la existencia humana individual. La noticia, el hecho, queda reducida a lo transitorio, a lo coyuntural, al momento, a la píldora.

En segundo lugar, problemas atingentes al tiempo. Anteriormente, he hecho referencias al problema del tiempo. Al tiempo cíclico, al tiempo lineal, al redescubrimiento del tiempo, a la domesticación del tiempo. También al hecho que habíamos logrado convivir, en conciencia, con las nociones de pasado, presente y futuro. Eso significa memoria histórica, saber situarse en el plano de lo actual y construir proyectos para intentar aprehender el futuro. El conflicto actual, también en parte producido por el conocimiento, es que la multiplicidad de hechos, de todas clases y categorías, se nos presenta en tal volumen y transcurriendo a tal velocidad, que hemos terminado perdiendo los referentes temporales a los cuales nos habíamos acostumbrado. Cuando el tiempo se acelera, sus espacios se diluyen, el pasado deja de existir y el futuro ya es siempre el presente mismo. No sólo se debilita la memoria histórica, sino también se pierde la capacidad de distinguir hacia dónde está dirigida la historia. Las construcciones de las realidades que se nos presentan, terminan transformándose en dudas acerca de si efectivamente ocurrieron. Así como los límites entre lo posible y lo imposible se transforman en difusas imágenes, ya no nos asombran las medidas en que desaparecen las fronteras entre lo real y lo irreal (que no significa no existencia), nos producen acostumbramientos semejantes a la incredulidad de la cual nos hablaba, desde otras perspectivas, Lucien Febvre para caracterizar el siglo XVI. El presentismo no sólo es alienante, sino es también reflejo de pérdidas importantes de lo que habíamos acostumbrado a llamar como conciencia histórica. En este sentido, ¿tenemos real conciencia respecto a que el almacenamiento de embriones a través de técnicas de congelación significa una detención del tiempo? Hablamos de embriones humanos. ¿Acaso esto no es historia y de la más concreta?

En tercer lugar, toda etapa de transición histórica trae consigo una crisis respecto a la confianza en la historia. Sin duda alguna, podemos pensar que en la actualidad hay más gentes dedicadas a la historia como nunca antes lo hubo.

Sin embargo, ello no significa necesariamente que en la sociedad exista un mayor interés por la historia. No por lo menos para intentar las circunstancias actuales a través de la lectura de la historia. En este sentido, la literatura, el cine, tienen un efecto mucho más masivo y concreto. Al mismo tiempo, construyen realidades mucho más cercanas a la búsqueda de respuestas individuales para problemas individuales en una sociedad de fuertes contenidos individuales.

De esta manera es que, sin dejar los tradicionales oficios del historiador, conviene de vez en cuando superar las descripciones del pasado o las discusiones sobre los hechos mismos que explican ese pasado y volver a la historia que viene sucediendo y que está pasando y pensar de qué manera la historiografía es capaz de volver a situar su rol como problema y no como simple recuento. Los trabajos que conforman este libro corresponden a ello, reflexiones sobre la historia y sobre el cómo hacer historia. En el tiempo actual, ahora. Conversamos con Giovanni Levi, el mismo Levi se refiere a cuestiones metodológicas y de perspectivas en cuanto a sus propios trabajos y sobre algunas de sus preocupaciones. Howard Richards realiza un análisis de Foucault, lo llama del joven, y no es una biografía ni un racconto, se trata de una fuerte y profunda reflexión de historia social, cultural, de una época. Jonathan Pitcher toma un episodio dramático de la historia social del Brasil y lo transforma en análisis de texto y de evento, de realidad social y de amnesia cultural. Por nuestra parte, hemos incorporado un escrito ya publicado anteriormente sobre psicohistoria e historia cultural. En conjunto, se trata de pensar en la historia, en la historia como controversia.

Los ámbitos de desarrollo de estas propuestas han tenido un doble espacio que intelectualmente se conjuga en un solo interés: como lo hemos reiterado en los textos, el hacer de la historia un problema. Esos espacios son un seminario interdisciplinario permanente apoyado por la Dirección General de Investigación de la P. Universidad Católica de Valparaíso y el Programa de Magíster en Historia de la misma Universidad. Ha sido gratificante contar con Giovanni Levi, Howard Richards y Jonathan Pitcher de cuyas exposiciones y conversaciones estos son testimonios que no reproducen todas sus obras ni todas sus preocupaciones por la historia y por la historiografía.